

Marte, Venus y Krugman

ALFREDO PASTOR - Profesor del Iese*

LA VANGUARDIA - DINERO - 22.03.09

La prensa está poniendo de relieve las diferencias de enfoque entre EE. UU. y Europa en lo que se refiere a la forma de abordar la crisis. Se trata, naturalmente, de un terreno fértil para titulares, basados en la realidad o en la ficción. El profesor Krugman --maestro de economistas, que no de diplomáticos-- ha expresado estas diferencias, a la vez que sus pronósticos, de forma particularmente incisiva. Todo esto merece una reflexión, porque la situación de nuestras economías depende, como siempre, del estado de ánimo de la gente, y éste atraviesa una época de extrema volatilidad: trataremos de situarnos en un lugar intermedio entre negar la evidencia y llamar al hombre del saco.

LOS DOS PLANETAS

Estados Unidos, se dice, está empleando todos los medios a su alcance para frenar el descenso de la economía; Europa ha declarado su escasa disposición a seguir poniendo en práctica nuevos planes de estímulo fiscal, por considerar que la clave de la recuperación está en las reformas, en especial en las del sistema financiero. Así las cosas, nada más fácil que acusar a los americanos, desde Europa, de irresponsables, y a los europeos, desde América, de timoratos: una vez más, Marte y Venus.

Las diferencias de planteamiento son reales: las autoridades norteamericanas han aprobado planes de estímulos fiscales por un total bastante superior, incluso como proporción del Producto Interior Bruto, que los propuestos por los diversos gobiernos europeos, que oscilan

entre el 2 y el 4%, en general repartido en dos años. A estos planes se añaden cantidades astronómicas destinadas a recapitalizar algunas entidades; la nacionalización de dos grandes agencias hipotecarias; la flexibilización de las normas de concesión de créditos por parte de la reserva Federal; y, esta misma semana, el anuncio de la compra, por parte de la Reserva Federal, de deuda pública norteamericana por valor de trescientos mil millones de dólares (cantidad equivalente al 2% del PIB de EE. UU.) y la compra de otros activos por valor de otro billón. Al final del año, el balance de la Fed equivaldrá a un tercio del PIB estadounidense.

A mi entender, esta profusión de medidas responde a la acción de tres fuerzas: la primera, que la crisis inmobiliaria y, sobre todo, la ruina del sistema financiero son, a grandes rasgos, mucho más graves allí que aquí (aunque tanto la situación de la banca inglesa como la crisis inmobiliaria española se las traen); la segunda, que en situaciones de crisis la opinión pública exige -a menudo sin razón-intervenciones decididas e inmediatas de las autoridades.

Paradójicamente, un país que trata de mantener al Estado en cintura cuando las cosas van bien reclama, en tiempos de tormenta, una mano fuerte al timón, a menudo -nueva paradoja-vestida de uniforme; en Europa, por el contrario, solemos conceder al Estado un campo de juego más amplio, pero no nos hacemos demasiadas ilusiones sobre lo que los gobiernos pueden hacer para sacarnos de un mal paso. La tercera, que no parece haber una idea clara de quién debe ser el motor inicial de la recuperación, la mano que detenga la rueda y la ponga a dar vueltas en sentido contrario: si el sector público o el sector privado.

Algunas medidas, como los planes de infraestructura o de educación y sanidad -defendidas por demócratas y atacadas por republicanos-vienen del catálogo llamado keynesiano; otras, como la compra de papel comercial por parte de la Fed, o la reciente compra de deuda pública, parecen confiar en la inversión privada para volver a poner en marcha la economía.

La resultante de la acción de esas tres fuerzas es, por el momento, confusa: desbordadas, como todos, por las circunstancias; acosadas por una opinión pública más agresiva y divididas en su concepción de lo público y lo privado, las autoridades norteamericanas se han prodigado en todos los frentes a la vez: valientes o temerarios, el tiempo lo dirá. Con todo, una prestigiosa revista norteamericana se mostraba satisfecha con el resultado: "por fin" -decía- "tenemos un presidente, y tenemos un plan". No todos pueden decir lo mismo.

En Europa, la distinta respuesta se explica por tres realidades: la primera es que no hay posibilidad alguna de adoptar una política fiscal común; la segunda, que los problemas del sector bancario de cada país son distintos, y que, por consiguiente, las soluciones deben adoptarse sobre todo a nivel nacional, respetando ciertos principios de buena vecindad; la tercera, que el Banco Central Europeo, por su historia, tiene un mandato mucho más limitado que el de la Fed, y se inclina, en momentos de crisis, a una mayor prudencia fiscal.

Hay que decir, además, que, si por "reforma" se entiende "saneamiento" del sector financiero, los europeos tienen razón: no servirá de nada aumentar el gasto público, ni dar liquidez al sistema, mientras no se resuelva la parálisis del crédito bancario.

Y EL PROFESOR

No fue una gran idea poner a debatir a Paul Krugman con el Presidente del Gobierno: Krugman es un polemista temible: domina la materia, presenta sus argumentos con una claridad envidiable, y, dentro de los límites que impone la honestidad intelectual, gusta de mostrarse contundente, y tiene cierta predilección por el tono ácido. Nunca ha sido partidario de la idea de la moneda única, y es, por consiguiente, lógico que la considere un obstáculo a la recuperación. Tiene razón como tienen razón quienes van a Noruega en verano y a Capri en invierno, para evitar los extremos del calor y el frío: se puede hacer, pero está al alcance de muy pocos.

Nosotros disfrutamos de dinero barato dentro del euro (que malgastamos en buena parte), y, si quisiéramos dejarlo hoy, no podríamos devolver nuestras deudas. Calificar nuestro futuro de doloroso no es muy afortunado: ya sabemos que nos esperan años de crecimiento lento y de desempleo creciente, pero cuando un premio Nobel habla de dolor uno tiende a imaginarse algo mucho peor que lo que sucederá en realidad: si alguien hubiera recordado a Krugman lo que fueron los años de la transición --¿por qué no, bien mirado, nuestro Presidente?--, quizá hubiera pensado que saldremos de ésta, porque hemos salido de otras que han sido peores.

*Doctor en Economía por el MIT, fue Secretario de Estado de Economía con Pedro Solbes